

---

## CAPÍTULO 14

### REFLEXIONES SOBRE LA ANTROPOLOGÍA FILOSÓFICA Y LA PSICOTERAPIA

*Mauricio Beuchot<sup>1</sup>*

#### INTRODUCCIÓN

En estas páginas esbozaré unas líneas de antropología filosófica o filosofía del hombre en vistas a la terapia psicológica. Toda psicología supone una idea de ser humano, y tiene que sacarla a la luz, para no reproducirla inconscientemente, porque eso sería nefasto. El psico-terapeuta (sea psiquiatra, psicoanalista, psicólogo...) tiene, por así decir, el deber de explicitar su modelo o paradigma de ser humano, que es el que procura realizar en las personas a las que atiende. Es ilusorio y falaz decir que no se tiene modelo alguno, porque en eso mismo se está teniendo uno, y por cierto desastroso.

Hay que aplicar, por ello, la hermenéutica; hacer una interpretación del ser humano para saber por dónde caminar, hacia dónde ir. Por eso comenzaré, primero, considerando la condición humana,

---

<sup>1</sup> Es co-creador de la propuesta de la nueva epistemología, y creador de la hermenéutica analógica. Profesor en el Instituto de Investigaciones Filológicas, Investigador Nacional III y miembro de diversas academias mexicanas (de la Historia, de la Lengua, de los Derechos Humanos).

para pasar después a lo que creo que se debe combatir con la psicoterapia, y así procederé, al menos, en forma negativa. Y terminaré haciendo algunas reflexiones desde la hermenéutica, concretamente, de una que denomino “analógica”.

## El gran enemigo de la psique

El adversario más grande y que más estragos ha causado, tanto a nivel individual como colectivo, es el narcisismo. El narcisismo suele definirse en psicología como pulsión de sí mismo, no solamente como vanidad o tontería, según se entiende popularmente. Claro que tiene algo de eso, por ello es ubicado como soberbia y petulancia, pero va más allá, es la cerrazón en sí mismo, la cual lleva a cortar la relación con los demás.

Se ha estudiado mucho este fenómeno del narcisismo, y se ha encontrado que es el mal más extendido en nuestra sociedad y nuestra cultura. En ésta se exige el triunfo, la excelencia, el éxito, el sobresalir y tenerse por más que los demás. No en balde estamos en una sociedad de competencia.

Son clásicos los análisis de Freud sobre el narcisismo. Pero, más recientemente, Alexander Lowen lo ha estudiado muy a fondo.<sup>2</sup> Señala ciertos niveles en el deterioro. Puede ser simple *vanagloria*, sobre todo querer deslumbrar al sexo opuesto. Uno trata de distinguirse de los otros por su excelencia en diversas cosas. Pero eso lleva a una cerrazón personal, pues implica negar los sentimientos, prohibirse expresarlos, porque ellos revelan nuestras debilidades, y eso está contraindicado. Sin embargo, ese acallar los sentimientos es negar el cuerpo, que es nuestro yo más sincero, y con ello se pierde incluso la misma identidad.

---

<sup>2</sup> A. Lowen, *El narcisismo. La enfermedad de nuestro tiempo*, Barcelona: Paidós, 2014, p. 11.

Con esas actitudes se protege la imagen, el ego, no el yo. El yo auténtico se basa en los sentimientos, que son del cuerpo. El narcisista oculta sus sentimientos, sobre todo los de dolor, y se exhibe siempre contento, satisfecho, triunfante, etc. Por eso es mentiroso. Eso proviene que en su niñez tuvo que reprimir los afectos. Por eso es antisocial, solitario, pues lo manipularon y tuvo que huir. Como vive de la mentira, existe en la irrealidad. Piensa que mostrar los sentimientos es indebido, por eso está endurecido; incluso se cree muerto. Es pura máscara. Y esto no es sólo individual, es también de una sociedad, cultura o época: la nuestra.

Hay varias fases en el proceso de crecimiento del narcisismo: 1) tener un carácter fálico-narcisista, 2) pasar a un carácter narcisista, 3) adoptar una personalidad límite, 4) caer en una personalidad psicopática y 5) llegar a una personalidad paranoide.<sup>3</sup> En el primer grado, el hombre tiene el ego aplicado a la conquista del sexo opuesto. Es arrogante, atlético, enérgico y seguro de sí mismo, pero sólo en apariencia. En el segundo grado, no solamente se cree mejor que otros, sino *el mejor de todos*. Muestra una gran necesidad de que lo consideren perfecto. En el tercero no siempre manifiesta características narcisistas; más aún, cuando está bajo presión se le cae su imagen narcisista y muestra la de un niño asustado e indefenso, que es como en verdad está en su interior. En el grado cuarto tiene mayores fantasías de grandeza; su arrogancia es tal que desprecia a los demás. Es antisocial en varios sentidos: miente, engaña, roba y hasta mata sin remordimientos. En el quinto es claramente megalómano; piensa que la gente habla de él e incluso que conspira contra él. Lo hacen por ser él tan extraordinario e importante. Incluso llega a creer que tiene poderes especiales. Cuando no distingue la fantasía de la realidad, está en la locura, y es simplemente paranoico, lo cual es psicosis más que neurosis. En todos los grados, carece de sensibilidad hacia los demás.

---

<sup>3</sup> *Ibid.* ps. 29-30.

Por cultivar la imagen, proyecta su libido en el ego y no en el cuerpo. No vive su vida interna, pues la maquilla con las manifestaciones externas. Vive de la imagen, sin sentimientos verdaderos o auténticos. Los niega porque le resultaron terribles en su niñez, o después. Se ve a sí mismo como imagen, y también al otro. Por eso está fuera de la realidad, dice que tuvo una infancia feliz, que nunca ha sufrido, etc. Tiene rigidez en el cuerpo: garganta, mentón, cuello y en otras partes. Cuando empieza a aceptar sus emociones, suelta el cuerpo y comienza a vencer el narcisismo. Libera la tensión muscular crónica que tapa sus sentimientos.<sup>4</sup> Por eso Lowen, que había sido discípulo de Wilhelm Reich, usaba el método *bioenergético*, que implica tocar los músculos.

Índice de narcisismo es la búsqueda de poder y de control. Controlarse a sí mismo y a los demás. Los sentimientos más amenazadores son la tristeza y el miedo. Por eso el narcisista necesita sojuzgar a los demás, creyendo que con eso se protege de esas emociones. Esto proviene de escenas de profunda humillación en la niñez. Se usó el poder o autoridad contra él y por eso ahora lo quiere tomar. Puede ser rebelde o sumiso, pues esto último también oculta la rebeldía. Piensa superar así el sentimiento de inferioridad. En nuestra sociedad se propicia esto, pues se exige el *éxito*, pero con eso solamente se está paliando la inferioridad. Y el miedo principal es a dejarse llevar por los sentimientos, porque significaría desprotección.<sup>5</sup>

Sigue diciendo Lowen que lo propio del narcisista es la seducción y la manipulación. Tiene que caer bien y, al lograrlo, se dedica a manejar a los demás. Todos deben rendirle pleitesía, venerarlo. Y es que la seducción comenzó con sus padres, que hacían creer al niño que era especial. Puede hacer todo, está en todas partes, lo sabe todo y es objeto de adoración. Pero éstos son los atributos de un dios, como sucedió en el mito de Narciso. Siempre es el temor de mostrar los sentimientos. Es el miedo a ser una persona común.

---

<sup>4</sup> *Ibid.*, ps. 98-99.

<sup>5</sup> *Ibid.*, p. 129.

No sabe que serlo es lo mejor y más sano, pues la verdadera belleza es la de estar vivo, es decir, sintiendo.<sup>6</sup>

Lowen asegura que el narcisismo proviene del horror en la familia. No del terror, que se refiere a uno mismo, sino del *horror*, que va hacia lo que se hace a otros. Eran las agresiones de los padres entre sí y/o de los padres con los hijos. Por eso, además de negar los sentimientos, el narcisista en su infancia negó la realidad. Pocos dirían que está loco, pero lo está. Hay mucho de locura en su personalidad. Sobre todo teme la violencia, porque la hubo en su familia; por eso se encierra y prefiere mentir. En su niñez fueron negados, algunos incluso pensaban que los querían abandonar o matar. Por eso niegan la realidad, en lo cual consiste la locura.<sup>7</sup>

Como resultado de esa situación de trastorno, el narcisista siempre va con mucho miedo a la locura. Se siente extraño. Pero llama *locura* a lo que es salud, a saber, a expresar los sentimientos. Inclusive, Lowen menciona casos de personas así que se hicieron psiquiatras o terapeutas, para evitar ese derrumbe. Sin embargo, la curación sería aceptar las emociones, que han estado presas durante toda la vida. Sobre todo la cólera, a veces asesina, pero también otros afectos. Si se educara a sacar los sentimientos, la gente estaría más sana psicológicamente.<sup>8</sup>

A este desorden interno colabora la prisa con que se vive hoy en día. Todo es rápido y colocado en el exterior; por eso hay pocas oportunidades de entrar en el propio interior y conocerse, reconocer sus necesidades y sus emociones, para darles curso, salida. El narcisista se vuelca hacia el exterior y niega su interior, porque allí se encuentran sus emociones, sus sentimientos. Y les teme. El esquizofrénico no puede manejar su exterior, pero el narcisista se las arregla para hacerlo, sobre todo para conseguir poder. Es comprensible que su infancia, asustado ante la agresión de sus padres, la

---

<sup>6</sup> *Ibid.* p. 157.

<sup>7</sup> *Ibid.*, p. 176.

<sup>8</sup> *Ibid.*, p. 208.

niegue y acabe negando la realidad; pero hacerlo ya de adulto es lo que constituye la locura. El narcisismo es producto de la infelicidad familiar, y de la seducción del infante como especial; por ejemplo cuando uno de los progenitores lo hace funcionar como si fuera adulto (substituto del padre o de la madre).<sup>9</sup>

Lowen concluye diciendo que el narcisismo *es la locura de nuestro tiempo*. Hay muchas situaciones que lo promueven. Los narcisistas son los más adaptados para ella, para satisfacer sus requerimientos. Aceptan sus patrones de éxito, de poder, etc. En la actualidad hay cambios incesantes y por lo mismo, demasiada superficialidad. Esto se capta, sobre todo, en la búsqueda del placer, y el hedonismo es uno de los rasgos de nuestra cultura. El placer y las adicciones son refugio contra los sentimientos. El alcohol y la obsesión del trabajo sirven también para ocultar el interior. El desenfreno quita la sensación de límites y eso conduce a la pérdida del yo. En efecto, no es felicidad, sino mero contentamiento. Nuestro autor termina señalando:

“Pero, para sentir alegría, hay que estar libre de la ansiedad que provoca el temor a dejarse llevar por los sentimientos y a expresarlos. O, por decirlo de otra manera, hay que ser despreocupado e inocente como un niño. Los narcisistas no son ni una cosa ni la otra. Han aprendido a jugar el juego del poder, a seducir y a manipular. Están siempre pensando en la opinión y la respuesta de los demás con respecto a ellos. Y tienen que mantener el control, porque perderlo evoca en ellos el miedo a la locura”.<sup>10</sup>

Esta cita de Lowen es un buen resumen de lo que constituye el narcisismo.

---

<sup>9</sup> *Ibid.*, p. 221.

<sup>10</sup> *Ibid.*, p. 274.

## Combate interno

Para la lucha contra el narcisismo ya se han presentado remedios o soluciones. Sólo voy a referirme a uno que me parece interesante. Es el de la gran psicoanalista Melanie Klein. Ella propuso la actitud generosa para combatir el narcisismo.

En efecto, ella escribió un libro que se intitula *Envidia y gratitud*, en el que sostiene que ésas son las dos actitudes fundamentales ante la vida. La del envidioso, que no da nada, y hasta le disgusta que al otro le den algo, y la del agradecido, que incluso da más. Quizá un nombre mejor sería el de *gratuidad*, en vez de *gratitud*, porque esta última actitud se refiere al que agradece lo que se le da, pero la segunda es la del que da sin pedir nada a cambio.

Establece nuestra autora que el envidioso no colabora, porque ve a todos como rivales. Por lo mismo, no puede amar, pues nadie ama a un rival, que es lo mismo que *enemigo*; no puede tener verdaderamente amigos. En cambio, el agradecido no sólo es capaz de colaborar, sino incluso de ceder lo suyo al que lo necesita.

Lo del envidioso me recordó a Santo Tomás, quien define la envidia como *la tristeza del bien ajeno*. Y Dante, en su *Divina comedia*, hace que, en el infierno, el envidioso sea el único pecador que no disfrutó. En efecto, disfrutaron el goloso, el lujurioso, etc., pero el envidioso no, ya que su actitud es de entristecerse del bien ajeno. Quizá lo único que disfruta, entonces, sería el mal ajeno, pero quién sabe, porque lo que le interesa observar en el otro es en lo que le va bien.

Klein define la envidia de modo muy parecido al de Santo Tomás. Dice: “la envidia es el sentimiento enojoso contra otra persona que posee o goza de algo deseable, siendo el impulso envidioso el de quitárselo o dañarlo”.<sup>11</sup> Implica la relación con una persona, porque se remonta a la relación del niño con la madre, es decir, del bebé,

---

<sup>11</sup> M. Klein, *Envidia y gratitud. Emociones básicas del hombre*, Buenos Aires: Eds. Hormé, 1984 (5a. ed.), ps. 25-26.

pues éste envidiaba el pecho materno. De la envidia surgen los celos, sólo que allí se refieren a dos personas y al amor que el sujeto piensa que le es debido y se le ha quitado.

Se relaciona con el pecho materno porque está vinculado también con la voracidad, que, según Klein, “es un deseo vehemente, impetuoso e insaciable y que excede lo que el sujeto necesita y lo que el objeto es capaz y está dispuesto a dar”.<sup>12</sup> Como se percibe, la avaricia está relacionada con ello, pues es acumular más de lo que se requiere, y no dar. Todo ese cúmulo de vicios se aglutinan en torno a la envidia.

Por otra parte, los antiguos relacionaban la envidia con la soberbia. Iban de la mano. El que es soberbio es envidioso, y el envidioso está manifestando que es soberbio. Asimismo, es muy sabido que la soberbia está usualmente asociada al narcisismo, ya sea en su forma fuerte, de soberbia auténtica, o en formas más menores, como la vanidad o vanagloria, la presunción o petulancia, etc.

De modo que incluso en esto se encuentra el fantasma del narcisismo escondido en todos esos entresijos de las actitudes viciosas más nefastas. Pero hay que comprender, como lo quisieron Freud y Klein, que todos tenemos algo de todo eso, que la vida humana consiste en luchar contra esas emociones básicas negativas, que nos privan de encontrar la bondad en la existencia.

Agrega Melanie Klein: “Podría decirse que la persona muy envidiosa es insaciable. Nunca puede quedar satisfecha porque su envidia proviene de su interior y por eso siempre encuentra un objeto en quien centrarse. También esto indica la estrecha conexión entre los celos, la voracidad y la envidia”.<sup>13</sup> Además, el envidioso destruye a quien le da algo. Por eso es tan ajeno a la gratitud.

Es decir, el envidioso ataca y daña a quien lo favorece. Tal parece que no se contenta con casi no ver la bondad en la vida, sino que no la soporta. Es índice de una gran infelicidad.

---

<sup>12</sup> *Ibid.* p. 26.

<sup>13</sup> *Ibid.* p. 28.



Lo más triste es que Klein sostiene que la envidia *daña la capacidad de gozar*. Es decir, el envidioso goza con el mal del prójimo, pero no puede gozar con el bien que recibe. Como ella nos ha dicho, éste suele agredir a quien lo beneficia, o, como se dice vulgarmente, “muerde la mano que lo alimenta”.

Nuestra autora añade un dato más. La envidia produce una ansiedad persecutoria. Hemos visto que ésta es un elemento del narcisismo. Hay un monto de paranoia en el narcisista, que es, aquí para nosotros, el envidioso.

Por eso es importante lo que ella agrega a continuación: “El sentimiento de gratitud es uno de los más importantes derivados de la capacidad para amar”.<sup>14</sup> Desde la más tierna infancia, la relación del bebé con la madre como objeto bueno determina esa actitud. Tal parece que la capacidad de amar es innata. Pero el individuo será agradecido si siente que se le da la suficiente satisfacción. Es la base de la felicidad posterior.

Hay algo muy importante que se sigue de lo anterior: “La gratitud está estrechamente ligada con la generosidad. La riqueza interna derivase de haber asimilado el objeto bueno de modo que el individuo se hace capaz de compartir sus dones con otros. Así es posible introyectar un mundo externo más propicio y como consecuencia se crea una sensación de enriquecimiento”.<sup>15</sup> Esto nos indica que el generoso es el que puede enriquecerse y compartir con los demás. El envidioso no puede enriquecerse, pues, como es avaro, no disfruta sus tesoros, los guarda y los esconde, para no dar a nadie.

Por otra parte, según esta misma psicoanalista, la envidia, la voracidad, etc., producen culpa, y ésta lleva a la depresión. Coloca al individuo en una posición depresiva, que va acompañada de la ansiedad persecutoria. Es decir, se juntan la depresión y la paranoia.

Debido a eso, es tan necesario darnos cuenta de que nuestra sociedad y nuestra cultura están produciendo individuos de este tipo.

---

<sup>14</sup> *Ibid.*, p. 39.

<sup>15</sup> *Ibid.*, p. 41.

Y estar preparados en la educación y en la terapia para contrarrestar esto y encauzar a una situación en la que se pueda trabajar y amar mejor, es decir, poder disfrutar más.

### **Reflexión crítica sobre la condición humana**

Lo que hemos apuntado es solamente una conceptualización fenomenológica de lo que está sucediendo en nuestro tiempo. Nuestra sociedad está produciendo este tipo de anomalías psicológicas, y tenemos que tomarlo muy en cuenta, porque es lo que se va a recibir en la psicoterapia. Es, de alguna manera, analizar lo que Michel Foucault llamaba *la formación de las subjetividades*. Tal es la que se da hoy en día, y es preciso atender a ella para saber a qué amoldarse, para estar preparados.

Tenemos que reconocer que nuestro tiempo es uno de narcisismo. De manera muy fuerte lo propicia la sociedad en la que estamos. De hecho, nuestra cultura tiene valores que van muy de acuerdo con eso. Se promueve el afán de poder y de prestigio, que es resultado del ser o creerse “especial”; pero eso mismo conduce al hombre en la actualidad a acorazarse contra sí mismo, para poder rendir en el trabajo y en la relación con los demás. Tiene prohibido sentir debilidad, miedo, angustia, tristeza o enojo. Debe ocultar sus emociones, llegando incluso a negarlas. Y eso está creando monstruos en nuestra sociedad.

Por eso fue muy atinado Lowen al preocuparse tanto por esta afección de la personalidad, y es que ya desde su tiempo –1910-2008– la encontraba muy presente en su propia sociedad estadounidense, especialmente de la postguerra, y hemos de reconocer que la de ahora no difiere mucho de aquélla. Existe el mismo peligro en una que en otra. Por eso hay que promover la aceptación de las emociones y del yo, porque solamente aceptando las necesidades propias y los sentimientos que provienen de nosotros, de nuestro cuerpo, sin miedo a que sean locura, sino aceptando que

son condición de la salud mental, podremos evadir o erradicar ese padecimiento.

Como hemos visto, según Lowen se requiere una aceptación del cuerpo, que equivale a una recuperación de la naturaleza, es decir, aprender a escucharlo y atenderlo, dejarlo que se exprese. Esto se parece a la situación que se dio en el romanticismo, que fue un momento de reacción contra la modernidad, sobre todo de la Ilustración oficial, cuando los pensadores pidieron la vuelta a la naturaleza, o por lo menos su recuperación, cuando se exaltó el cuerpo, es decir, la pasión, la emoción, el sentimiento, en contra del racionalismo que reinaba en todas partes y que llegaría a su eclosión con el positivismo.<sup>16</sup> Tal vez podríamos decir que algunos movimientos que se han dado recientemente (los *hippies*, la posmodernidad, etc.) sean un grito de advertencia con respecto a ese extravío.

Hay algo que necesita el ser humano, y es el equilibrio emocional. Las pulsiones lo agobian, pero puede darles su adecuada proporción, para que se dé entre ellas un balance conveniente. Esto es lo que los griegos llamaron *analogía*, y que consistía en una disposición armoniosa de las pulsiones. No en su negación, sino en su encauzamiento.

En esa analogía hay una dialéctica. Michele Federico Sciacca –1908-1975– señala el carácter dialéctico ya de por sí de nuestra inteligencia, y añade que esa dialéctica responde a la condición analógica de nuestro conocimiento. Porque es conocimiento de los límites, y el perderlos es el oscurecimiento de la inteligencia.<sup>17</sup>

De hecho, la analogía es el reconocimiento de los límites de nuestro conocimiento para alcanzar la univocidad, pero también los límites de la voluntad para evitar abandonarse a la equivocidad. Por lo general, tiene que renunciar a la comprensión unívoca, pero también tiene que defenderse del equívoco, que es incomprensión.

---

<sup>16</sup> Ch. Taylor, “The Expressivist Turn”, en *Sources of the Self. The Making of the Modern Identity*, Cambridge: Cambridge University Press, 1994 (reimpr.), ps. 368-390.

<sup>17</sup> M. F. Sciacca, *El oscurecimiento de la inteligencia*, Madrid: Gredos, 1970, ps. 16 ss.

Ya el mismo suponer un paradigma de ser humano es muy analógico, porque se trata de otro nombre de la analogía, que es el de iconicidad, ya que el ícono es un modelo. Hay un ícono de ser humano que tenemos como finalidad, a la cual conducir a la persona a la que ayudamos o le facilitamos el proceso terapéutico. Tan nocivo es imponer un modelo como carecer de él, porque en el primer caso hay opresión y en el segundo, disolución.

La misma psicoterapia tiene un carácter hermenéutico, ya que, ante todo, implica una interpretación de la persona a la que se aplica, y porque, en base a esa comprensión de ella, se procederá en la orientación que se le dé.<sup>18</sup> Y tiene que ser en el camino de la proporción, en el dar equilibrio o temple a las fuerzas que actúan en ella; por eso en la antigüedad se hablaba de *temperamento*, y las primeras terapias, entre los griegos, como la de los pitagóricos, consistían en eso: en llevar al individuo a una adecuada proporción de sus impulsos, para producir en él una armonía que dependía de las medidas que se le dieran.

Por eso lo que mejor queda aquí es una hermenéutica analógica, aplicada a la psicoterapia. Si la misma psicoterapia es primordialmente una acción interpretativa, tiene que evitar las hermenéuticas unívocas y las equívocas; las primeras, por impositivas, y las segundas por disolventes. Debe llegar a una mediación, que es muy complicada y difícil, pero que es la única que podrá dar una salida saludable a la persona en cuestión.

Se tratará, pues, de una psicoterapia entendida como hermenéutica, pero como hermenéutica analógica, que sea capaz de dar una interpretación orientadora; no una interpretación solamente permisiva, como piden los equivocistas, pero tampoco pura orientación impositiva, como piden los univocistas; sino una acción intermedia, que interprete para orientar y que oriente para que la persona se interprete a sí misma.

---

<sup>18</sup> R. M. Holm-Hadulla, *El arte psicoterapéutico. La hermenéutica como base de la acción terapéutica*, Barcelona: Herder, 1999, ps. 36 ss.

La hermenéutica se ha usado en la psicoterapia, y creo que una que sea analógica puede ser un buen intento de ayudar a los demás.<sup>19</sup> Alcanza a dar una orientación para crecer. Esto abarca la pedagogía y la psicología, ya que brinda un método aplicable tanto a la educación como a la psicoterapia. Constituye un método de crecimiento interior que puede aplicarse igualmente a los que buscan el camino y a los que lo han perdido.

## CONCLUSIÓN

Después de nuestras reflexiones sobre la psicoterapia y la antropología filosófica o filosofía del hombre que le subyace, encontramos que hay que explicitar esa base que la sustenta. Hay una filosofía en la que se apoya la psicología.

Ahora bien, tenemos que elaborar una imagen del ser humano que brinde en verdad esa salud mental que se desea y que se espera de una acción terapéutica. Y ésta ha de ser la de un ser humano analógico, es decir, con el equilibrio de sus pulsiones más o menos alcanzado, para que pueda vivir mejor, desenvolviéndose en las relaciones con los demás.

Por eso he querido no solamente hacer un diagnóstico de lo que se da en nuestro tiempo, que es la formación de subjetividades, sino avanzar y lanzar un *prognóstico* o pronóstico, y de esta manera ayudar a la prevención y también a la curación que se tendrá que hacer de estas personalidades que nos vienen a la atención. Que ya tenemos en la puerta, pues ya están bastante desarrolladas en nuestro momento. De esta manera tendremos más oportunidad de ayudar a los que presentan estas características que hemos visto, las cuales están muy extendidas en nuestra sociedad y nuestra cultura. Es algo que ya es presente y debemos afrontarlo.

---

<sup>19</sup> M. Beuchot, R. Blanco Beledo y A. L. Sierra, *Hermenéutica y analogía en psicoanálisis. Una aproximación psicológica*, México: UNAM, 2011, ps. 131 ss.

## REFERENCIAS

- Beuchot, M., Blanco Beledo R. y Sierra A. L. (2011). *Hermenéutica y analogía en psicoanálisis. Una aproximación psicológica*. México: UNAM.
- Holm-Hadulla R. M. (1999). *El arte psicoterapéutico. La hermenéutica como base de la acción terapéutica*. Barcelona: Herder.
- Klein M. (1984). *Envidia y gratitud. Emociones básicas del hombre*. Buenos Aires: Eds. Hormé, 1984 (5a. ed.).
- Lowen A. (2014). *El narcisismo. La enfermedad de nuestro tiempo*. Barcelona: Paidós.
- Sciacca M. F. (1970). *El oscurecimiento de la inteligencia*. Madrid: Gredos.
- Taylor Ch. (1994). The Expressivist Turn. En *Sources of the Self. The Making of the Modern Identity*. Cambridge: Cambridge University Press, (reimpr.), pp. 368-390.